

3 de julio, 23:55

Quizá sólo a un ruso se le podría ocurrir leer *Aeropuerto* mientras vuela de regreso a Moscú. Pero el pasajero sentado a mi derecha, un hombretón de unos cincuenta años, afable y directo, lleva un ejemplar de la novela abierto por sus primeras páginas mientras entabla conversación con su compatriota, situado en el asiento del pasillo. Quizá leer no sea la palabra, y el *bestseller* sea una especie de misal pagano; algo a lo que agarrarse si la realidad supera peligrosamente a la ficción. Por si acaso, cuando de manos de la azafata me alcanza el formulario que tenemos que rellenar los extranjeros al entrar en Rusia, responde con su fuerte acento, «*Don't worry*», al darle yo las gracias. Acabo de descubrir por qué lo dice: tiene un parecido sorprendente, y quizá preocupante, con George Kennedy.

Pluma en mano, me dispongo a completar la información que las autoridades solicitan. Mis nuevas camaradas no me quitan ojo. Ven un gesto de confusión que sin duda esperaban en mi cara y se ofrecen a ayudarme entre risas con la resignación del alma rusa sojuzgada que se burla del absurdo. Porque quien tie-

ne que rellenar el formulario, un extranjero, no sabe ruso; y los datos requeridos, que se pueden deducir en la mayor parte de los idiomas occidentales, son completamente indistinguibles en cirílico. Intimamos algo más; y el formulario les da algo parecido a una primera impresión sobre mi vida. Soy como alguien a quien se ha conocido brevemente en una fiesta. No viajan juntos, pero su labor de lazarillos burocráticos les da el pretexto idóneo para un esbozo de conversación y de conocimiento mutuo. El del asiento contiguo ha hecho un viaje de negocios a Galicia. Miro sus uñas negras, sus manos bastas, marcadas por algún tipo de trabajo manual, y me pregunto, durante una décima de segundo, qué tipo de negocios. El que está sentado en el asiento del pasillo vuelve a Moscú después de pasar unos días en Madrid. Me cuenta el motivo de su viaje pero no consigo entenderlo. Lo repite. Le digo que no entiendo. Vuelve a insistir ahora sólo en las dos palabras finales. Nada. Las pronuncia una vez más y distingo de pronto lo que intenta decirme en su inglés de ruso blanco: *iGay Pride!* Ha venido a Madrid a celebrar el día del orgullo gay, algo prohibido en Moscú en este 2006. Me río al descifrar por fin sus palabras y al recordar la insistencia de las mías: efectivamente, yo *no entiendo*. La cosa se anima. El ruso gay saca una botella de *whisky*. Por unos instantes no hay fronteras, salud, *cheers*, una palabra rusa

que no consigo recordar... Pero se da cuenta de que sigo sin entender, y el que está sentado entre ambos se agarra con fuerza a su libro de los libros. Tras los brindis y algunas preguntas más de rigor, algún comentario más con sorna sobre Rusia —me es familiar esa autocrítica exacerbada, impensable, por ejemplo, en un francés—, nos sumimos cada uno en nuestro silencio antropológico.

04:00, hora española. Muy pronto, conforme volamos hacia la salida del sol, la noche cerrada ha dado paso a una claridad roja y creciente. Ahora, mientras el avión se adentra a poca altura en el cielo de Rusia, el rojo se disipa. Es pleno día. Hay muchos lagos, de muy diversas y caprichosas formas. Parecen signos trazados en la estepa y no grandes depósitos de agua. A diferencia del *patchwork* habitual en el suelo de labranza que cubre gran parte de España, el trazo es aquí agua. Frente al azaroso dibujo del hombre en el paisaje, aquí pinta la naturaleza.

Nada más aterrizar, el ruso que, a fin de cuentas, no debía de parecerse tanto a George Kennedy, me llama por mi nombre. Todo un detalle de deferencia, y de memoria, pues sólo puede haberlo visto de refilón cuando rellenaba conmigo el formulario. «Carlos», dice, poniéndose de pronto serio, «*Russia is a*

criminal country. Be careful». Lo dice consciente de que esas palabras, necesarias, según él, dado el ceremonioso tono con el que las pronuncia, vienen a aguar un poco la familiaridad de la pasada noche. Me recomienda que guarde casi todo el dinero en un bolsillo aparte, dejando algunos rublos en el de más fácil acceso. Y esa precaución me recuerda el Madrid de los primeros años ochenta, cuando yo era adolescente y la sirla y el cacheo, a manos de los chungos del barrio, eran una rutina diaria a la salida del instituto. Le doy las gracias por lo que, supongo, es una forma cálida de despedida y él se levanta para recoger sus pertenencias antes de abandonar el avión.

Más tarde, en el autobús que me lleva desde el aeropuerto a la estación de metro de Rechnoy Vokzal, compruebo que el verdadero peligro es la sociedad rusa para sí misma: ese moscovita de las afueras, hostilizado, resacoso, que madruga para ser engullido por la rueda rutinaria de la gran ciudad.